

La cuita y las cuitas

“Cuita. Deyección, especialmente la de las aves. Según Gagini deriva del azteca *cuitlatl*; pero podría proceder del gallego *cuito* — *estiércol*” y Victor Manuel Arroyo (*El habla popular...*) cita a Magón; y para *cuítearse* cita el Marcos Ramírez de Fallas.

“Cuita.— Gallinaza, excremento o deyección de las aves, y por extensión las deyecciones humanas. Viene del azteca *cuitlatl*, excremento. En Méjico dicen *cuita* o *cuíta*, y en El Salvador *titicuilté*. Figurado y familiarmente decimos que una persona “es una *cuita*” cuando es muy delicada, melindrosa, vidriosa, cojijosa. Entra la palabra en el refrán el que da y *quita se vuelve una cuita*”, Gagini, *Diccionario*

Ciertamente, en costarricense *cuita* es deyección de ave, y es palabra muy usada. El uso en reflexivo es derivado y muy poco frecuente.

Las dos etimologías propuestas se basan en la semejanza fonética.

Considero que en esta voz, *cuita*, la habladora ha conservado una de las más bellas palabras del Siglo de Oro, la palabra *cuidado*.

No recogeré aquí citas de la palabra *cuidado*, limitándome a



Constantino
Láscaris

recordar el olvidado entre azulenas por Juan de la Cruz. El romance castellano creó una variante de *cuidado*, que es la que me interesa: *cuita*.

“grand *cuita* de mí nunca se parte”, cantó el Marqués de Santillana.

O bien:

“a todos mostrando
mis *cuitas* tamañas”,
de la *Canción de Lope de Stúñiga*.

Cuita y *cuidado* fueron, del XV al XVIII, dos palabras muy usadas. De gran profundidad. Laín Entralgo estudió la relación entre el *cuidado* en Quevedo y la *cura heideggeriana*. Calderón, Juana Inés de la Cruz le dieron toda la radicalidad de la preocupación existencial. Y Cervantes llegó a escribir *cuítisima* por *cuita* muy grande.

Es cierto que *cuita* en el Siglo de oro expresaba un estado de ánimo. Sin embargo, también

llegó a denotar el estado fisiológico correspondiente. La preocupación llevaba a la desdicha y la desdicha al apocamiento, y así se recogía en *cuitado*, según el *Diccionario de la Academia*. Sin esta derivación, quedaría incompleta, sin ironía, la *cuítisima cervantina*.

Ya hacía el 1500: “En lugar de *cuita* decimos *fatiga*”, escribía Juan de Valdés, el purista de la lengua nada menos; es decir, *fatiga* era más castellano, que su sinónimo *cuita*... ¿o más elegante?

Resultará comprensible que considere que *cuita* en cuanto deyección de ave, provenga de *cuita* en cuanto *fatiga*.

Puesto a inventar para ambientar esta presunta etimología, me imagino a unos cuantos españoles del XVII, sentados en una plaza, tomando la sombra, al pie de unos copudos árboles, trenzados en tranquila conversación, y de repente a uno de ellos gritando; ¡—*cuita!*— Pero ya era tarde; el perico ya había *cuíteado* y la casaca del hidalgo ostentaba un blaquécino lamparón.

Porque, y el argumento negativo es fundamental, solo se aplica *cuita* a las deyecciones de pajarillos, y no a las de cualquier otro animal.